

PRIMERA FOTOGRAFÍA

Entonces se arrimó a mí todavía más, como si quisiera darme un beso en la mejilla o morderme la oreja, pero no hizo ni lo uno ni lo otro. Susurró que no me acercara a Laura. Si lo intentó, dijo, me cortará los huevos. Eso fue lo que soltó. Sabía que yo estaba cagado de miedo y que no reaccionaría, que permanecería allí, plantado como un pasmarote, hasta que él acabara de explanyarse. O sea que no desperdició la ocasión. Se retiró un poco y me ordenó que me largara, que desapareciera, que me marchara bien lejos. Dijo lo mismo de tres maneras diferentes, como si no hubiera quedado claro a la primera. Alguien que profiere una frase así quiere que su voluntad se cumpla ipso facto. Pero antes concluyó que soy un hijo de puta. Un hijo de puta con suerte, matizó con sorna. Y me aseguró que si no hubiésemos estado en plena calle me habría partido la cara de buena gana. Petrificado por el pavor y la perplejidad, me limité a escucharlo. Hablaba como los ventrílocuos, con los dientes apretados y casi sin mover los labios, para que los transeúntes no lo oyeran. Masticaba las palabras con rabia y me miraba de arriba abajo esbozando una mueca de asco.

Y claro, yo no dije ni mu. No fui capaz de decirle que aquello era innecesario del todo. No fui capaz de decirle que hacía días que había tomado una decisión: me largaba, desaparecía, me marchaba bien lejos. No hacía falta que nadie me lo pidiera ni me obligara, puesto que soy un cobarde. Y los cobardes, cuando las cosas se tuercen, sabemos perfectamente cómo tenemos que actuar. La huida es nuestra victoria.

No, no fue demasiado complicado conseguir la baja laboral. Convencí a todo el mundo con una facilidad sorprendente. Dadas las circunstancias, lo asumieron sin hacer preguntas. Y es que nadie se atreve a hacer preguntas sobre la depresión. Y sobre la depresión, asimismo, nadie da explicaciones. No tuve que hacer nada especial. Me limité a dejar que me observaran, así de sencillo. Los alumnos se burlaban de mí, es normal, pero no me importaba. Tenía otras preocupaciones. De modo que ni me fijaba en ellos. Caminaba por los pasillos repletos de adolescentes escandalosos como si allí no hubiera nadie. Me pasaba las clases mirando por la ventana con ojos de náufrago. Y si me preguntaban algo y los oía, contestaba con monosílabos, ignorando qué me acababan de preguntar. En la sala de profesores hacía lo mismo. Me sentaba en un rincón, hasta que el café se me enfriaba en las manos y sonaba el timbre. No decía gran cosa. La frase más larga que pronuncié la guardé para el final. No sé vivir sin Laura, murmuré en el despacho del director cuando fui a despedirme de él.

Con el comunicado de baja junto al ordenador, reservé el primer vuelo que encontré en Internet. Lo hice casi sin fijarme en el destino. Que se dirigiera hacia el norte o hacia el sur era irrelevante. La cuestión era esfumarse lo antes posible. Pero antes de desaparecer definitivamente pasé por el piso a buscar la maleta. Había decidido aprovechar la última oportunidad que me daba

mi suegro. Laura no estaría, me había dicho después de amenazarme e insultarme. Disponía de una hora para hacerlo todo: entrar, coger mis cosas y marcharme para siempre. Ah, y sobre todo que no me olvidase de meter mis llaves en el buzón al salir, recalcó, sarcástico, para dar por finalizado su monólogo. Y aunque la cuenta atrás empezaba justo en ese instante, no me moví. La cabeza me daba vueltas y la vista se me estaba nublando. Pensando que vomitaría, cerré los ojos y me apoyé en una farola. En la oscuridad, los sonidos de la calle se fueron distorsionando poco a poco hasta mezclarse entre sí. Ya no distinguía nada. Las sirenas y los cláxones, los pasos de los viandantes, los motores de los vehículos, fragmentos de conversaciones cazados al vuelo...; todo se había convertido en un zumbido que reverberaba al ralentí dentro de mi cabeza.

La sensación que me invade cuando abro los ojos de nuevo es similar a la de aquel día. Me siento un poco desorientado. Necesito un par de segundos —el tiempo que tardo en escrutar el vagón con la mirada y reconocer a los pasajeros más cercanos— para ubicarme. Todos están en su sitio, haciendo lo mismo que hacían justo antes de que me adormeciera. Charlan, leen o escuchan música en sus reproductores de MP3. Yo, en cambio, prefiero fijarme en el paisaje al otro lado de la ventana y contemplar cómo se despliega ante mí a toda velocidad. En estos momentos estamos atravesando lo que parecen ser las afueras de una gran ciudad. Las casas adosadas, de ladrillos ennegrecidos por las lluvias y el paso del tiempo; las tiendas cerradas; la luz anaranjada de las farolas; los nombres rimbombantes de los pubs, que evocan épocas imperiales pasadas; todo contribuye a crear una atmósfera de decadencia. Además, a estas horas de la tarde, no hay mucha gente por la calle. Tan solo grupos de hombres con camisetas del

equipo de fútbol local, aquí y allí, buscando pelea, unas cuantas jarras de cerveza o ambas cosas a la vez.

El tren continúa su trayecto. Dejamos atrás el extrarradio. Los edificios están cada vez más diseminados. Los espacios abiertos van ganando terreno poco a poco. Y la oscuridad también. La última cosa que distingo es un campo de rugby junto a un río. A continuación todo desaparece en la noche. El cristal de la ventana, invisible hasta ahora, se convierte en un espejo en el que aparece mi reflejo: un rostro que me observa atónito y me transporta otra vez a la realidad. De la misma forma que recuperamos nuestras preocupaciones tan pronto como las luces de la sala de cine se encienden al terminar la película, de golpe y porrazo vuelvo a ser consciente de lo que estoy haciendo.

Parece fácil alejarse de alguien, pero en realidad no lo es. No he tardado demasiado en darme cuenta de ello. Durante días no cesé de repetirme que toda la mierda en la que chapoteaba se volatilizaría cuando aterrizase al otro lado del canal de la Mancha. Pero ahora, recién llegado al otro lado del canal de la Mancha, compruebo que la situación no ha cambiado en absoluto. Pretendía autoengañarme y no lo he conseguido. Me resistía a admitir que las imágenes de lo que ha pasado viajarían conmigo, en la bodega del avión, dentro de la maleta. La misma maleta que nos llevamos a París hace una eternidad. Esta es precisamente la que escogió Laura para embutir mi ropa mientras yo estaba en el instituto, ignorando que me echaría de casa en cuanto regresara. La maleta más ajada de todas. La que guardábamos en el trastero porque nunca la usábamos. Una maleta cuya existencia había olvidado y que ahora está aquí, en el portaequipajes que hay sobre mi cabeza.

Para distraerme —y ante la imposibilidad de mirar por la

ventana—, me fijo en los pasajeros de nuevo. Juego a inventarme historias, a decidir hacia dónde se dirigen y qué harán cuando lleguen a su destino. Al principio me salgo con la mía, pero el pasatiempo no dura mucho. Justo cuando me imagino que aquel individuo de allí, el de la camisa de rayas, ha quedado con su amante después de decirle a su mujer que tiene una reunión importantísima, todo se va al garete. Como un edificio que se derrumba, los recuerdos se me vienen encima y me asfixian. Noto que me falta el aire de un modo casi físico. Me siento atrapado en el vagón, como si hubiésemos sufrido un descarrilamiento y no me pudiera mover, aprisionado en el amasijo de hierros. O como si el número de pasajeros se hubiera multiplicado de repente. El bochorno y el olor a sudor y a cerrado se vuelven insoportables. La presión que noto en el pecho es tan intensa que he de actuar de inmediato para evitar un desmayo que me deje en evidencia ante todo el mundo. No tengo otra opción. De modo que me levanto, cojo la maleta y enfilo el pasillo sin saber si falta mucho para la próxima parada.

No tengo que esperar demasiado para salir de dudas. Al cabo de tres o cuatro minutos el tren se detiene en Tetbury. Eso es lo que indica el rótulo de la estación. Poca cosa más puedo averiguar de la localidad adonde he ido a parar. Solo en un andén mal iluminado, sin poder pedir información a nadie, tengo que conformarme con el plano del pueblo que hay en un tablón de anuncios. Recorro con la mirada los recovecos que forman las calles, como tratando de encontrar la salida de un laberinto. Localizo cafeterías, pubs, un par de librerías de viejo, tiendas de antigüedades e incluso una farmacia, pero no veo ningún hotel.

El aire fresco que me ha dado la bienvenida al bajar del vagón empieza a resultar molesto. Me abrocho el abrigo y echo a

andar sin rumbo. No sé hacia dónde me dirijo. Lo único que sé es que necesito moverme para desentumecerme. Y para librarme de la voz de Laura, que no para de resonar dentro de mi cabeza preguntándome si soy sordo o idiota. Y yo, pese al tiempo que ha pasado desde que me lo preguntó, todavía no sé qué puedo replicar para calmarla. Me acaba de ordenar que salga de su vida. Acaba de vomitar cuatro palabras rotundas, definitivas, irreversibles —porque quien suelta una frase así está convencido de que no se arrepentirá ni se retractará más tarde—, y no sé qué puedo replicar para calmarla. Por lo tanto no digo nada. Continúo caminando. Y acelero el paso. Y cuando giro a la derecha doy con un *bed & breakfast* que tiene el cartel de habitaciones libres colgado en la cristalera de la puerta.

El establecimiento se llama Taj Mahal y el recepcionista es un indio de verdad, con turbante y todo. En un inglés muy cerrado, como si tuviera la boca llena de comida, el hombre me pide el pasaporte para anotar mis datos en una ficha. Debe de estar muy aburrido o quiere parecer simpático, no lo sé, porque se empeña en entablar una conversación conmigo. Primero me pregunta si Enrique quiere decir Henry y yo asiento con la cabeza. Después me anuncia que tiene un primo en Barcelona, y que fue a visitarlo a finales de los ochenta. Y al final empieza a perorar sobre las Ramblas, el Barça y Copito de Nieve. Eso es lo que supongo, pues únicamente entiendo lo que dice en mi idioma: Ramblas, Barça, Copito de Nieve. Durante una fracción de segundo tengo ganas de informarlo de que el gorila blanco estiró la pata hace unos años, pero me lo pienso mejor y sigo escuchándolo sin dejar de sonreír. No, ahora no. No tengo ganas de charlar. Y menos aún con un hombre con el que no puedo comunicarme. Tal vez mañana. Ahora solo quiero subir a mi habitación y dormir un poco.

EL FOTÓGRAFO

Cuando la claridad empieza a colarse a través de las cortinas, ya hace rato que estoy despierto. Ha sido una madrugada de sueño intermitente y convulso. No sé cuántas veces me he desvelado. No recuerdo qué pasaba en las pesadillas que he tenido. Estoy reventado. Me siento como si hubiese pasado la noche abriendo zanjas. La espalda me está matando. Cambiar de posición es un suplicio. Además, para colmo, la habitación está helada. En estas condiciones lo que menos me apetece es levantarme. Me gustaría quedarme en la cama todo el santo día. Pero es imposible. La vejiga me escuece una barbaridad. Si no voy al lavabo ahora mismo, creo que me orinaré encima.

Al salir de la habitación me doy cuenta de que no podía haber escogido un lugar más lamentable. El comedor, tal como informa el folleto que he encontrado en el cajón de la mesilla de noche, está situado en el sótano del edificio. Y para llegar a las duchas hay que ir hasta el final del pasillo. No sé para qué. Seguro que el agua sale fría y la comida es nauseabunda. Por eso decido que de momento ni me ducharé ni desayunaré en el *bed & breakfast*. Será mejor ir a dar una vuelta por el pueblo. Pero antes me detengo en recepción. Tras el mostrador hay un hombre joven, también indio, que me recuerda a los actores de Bollywood por lo engominado y repeinado que va. Cuando le pregunto gesticulando qué puedo visitar, me mira con estupefacción. Al cabo de unos segundos interminables abre un cajón y, con gesto de prestidigitador, me entrega un tríptico. Aquí encontraré toda la información que necesito, dice con semblante contrariado.

La verdad es que el tríptico no ofrece demasiada información. Caminando calle abajo, leo que Tetbury es una población de origen sajón conocida por sus tiendas de antigüedades y el pináculo que corona la iglesia, que es el cuarto más alto del país.

«Tetbury —continúa el texto— es un lugar ideal que no olvidará jamás. Visítenos en primavera, cuando su mujer lo mande a freír espárragos. Nosotros nos encargaremos del resto. Estamos seguros de que, paseando por nuestras calles, no podrá quitársela de la cabeza. Cada rincón le recordará los viajes que hicieron juntos. Cada piedra, cada jardín, cada olor se convertirá en un pinchazo en la memoria. Bienvenido a Tetbury, idiota.»

Menos mal que empiezo a estar familiarizado con los síntomas de la nostalgia. Se manifiestan en sitios impensables, de improviso. Y a pesar de que siempre te cogen por sorpresa, hay que estar preparado. Sí, porque si te distraes ya no habrá vuelta atrás. Si vacilas, aunque solo sea durante un instante, se valdrán de tu indecisión para succionarte como un remolino. Y entonces entrarás en una espiral de autodestrucción de la que te resultará muy difícil salir. Por eso es tan importante saber reaccionar a tiempo. De manera que rompo el tríptico por la mitad, lo tiro a una papelera y, de forma instintiva, me doy la vuelta hacia el escaparate de la tienda que hay al lado.

Y la tienda que hay al lado es una casa de antigüedades, pero no se parece a las que he visto con anterioridad. No expone un batiburrillo de objetos de diferentes épocas y estilos. Detecto algo extraño, algo que no cuadra, en los objetos que esta tiene a la venta. Así pues, me fijo mejor y enseguida llego a la conclusión de que está especializada en las grandes guerras del siglo xx. Si hubiera levantado la cabeza para mirar el rótulo que hay encima de la puerta, lo habría advertido antes. Como siempre, lo hago todo al revés. Primero he tenido que juntar las piezas del rompecabezas —un maniquí con el uniforme de la RAF, unos cuantos libros de temática bélica, condecoraciones y diversos efectos personales de la tropa— para confirmar mis sospechas.

Entonces, justo cuando desvío la mirada del escaparate para continuar mi paseo, distingo en él algo que me llama la atención. No se trata de un objeto, sino de una palabra. En algún sitio he leído «liberación», así, tal cual, escrito en castellano. Estoy tan seguro que doy un paso atrás y vuelvo a examinarlo todo: el uniforme de la RAF, los libros sobre la guerra, las medallas...; hasta que, de repente, entre una lata de fruta en conserva vacía y un paquete de cigarrillos sin abrir, localizo un pequeño cuaderno. Está abierto por una página al azar, con una estilográfica colocada encima de forma transversal, a modo de contrapeso, para mantenerlo en esta posición. Sin embargo, desde la calle no resulta sencillo leer lo que hay escrito.

Apoyando la frente en el cristal y haciendo visera con las manos, solo soy capaz de descifrar una frase. El corazón me da un vuelco al comprobar que no se trata de un espejismo. En efecto, la primera línea dice que «la liberación se ha producido hoy, 5 de mayo de 1945».

La sorpresa inicial que me invade al hacer un descubrimiento de esta índole en el extranjero enseguida se transforma en curiosidad. Siento una necesidad creciente de saber quién es el autor del diario. Pero esta no es la única pregunta que me hago. Inmediatamente se me empiezan a apelotonar otras en la cabeza: ¿Por qué lo escribó? ¿Por qué fue a parar a Tetbury? Son tantos los interrogantes, y tan intensos, que decido comprarlo. Ojalá no sea demasiado caro, pienso al abrir la puerta de Primrose Antiques.

Por dentro la tienda parece una trapería. O más bien la casa de alguien que padece el síndrome de Diógenes. Hay objetos de todo tipo amontonados por todas partes. Apenas puedo caminar por el estrecho pasillo que han dejado entre las montañas de cachivaches. El desorden es tal que tengo que moverme con cautela

para no hacer caer nada si lo golpeo sin querer. Avanzando poco a poco, llego a la altura del escaparate y me detengo. Y justo en el momento en el que me pregunto dónde se ha metido el dependiente, alguien me saluda como si me hubiese leído el pensamiento. La voz procede del fondo del local. Allí, sentado tras una mesa llena de libros, descubro a un hombrecillo de unos setenta años. El señor Primrose, deduzco. Inmóvil y en silencio, me ha pasado inadvertido cuando he entrado. Pero yo a él, no. El dueño de la tienda continúa mirándome de hito en hito con estos ojos de zorro viejo, unos ojos que probablemente han sido testigos de muchas batallas.

Me pregunta si puede ayudarme. Pues sí, le contesto. Combino mímica y palabras para comunicarle que me gustaría saber cuánto vale una cosa que he visto desde fuera. El señor Primrose dice que sí, por supuesto, y se levanta emitiendo un gruñido de cansancio. Se acerca arrastrando los pies y, cuando se planta delante de mí, le señalo el cuaderno. Pero él no interpreta bien mi gesto y dice, ah, sí, justo antes de informarme de que no se trata de una simple lata, ya que era lo que usaban los brigadistas internacionales a modo de plato durante la guerra civil española, porque usted es español, ¿no? El señor Primrose habla con parsimonia, como un guía de museo que repite su explicación por enésima vez. Parece querer justificar el precio de la lata —veinte libras— para evitar así un intento de regateo por mi parte. Yo lo dejo acabar, por supuesto. Me dolería tener que interrumpirlo para decirle que no, que no me interesa la lata, sino el cuaderno que hay al lado. O sea que espero. Y en cuanto finaliza su intervención, vuelvo a señalar el cuaderno. Ah, el diario, suspira. Perdone por el malentendido, se disculpa. Cójalo, cójalo usted mismo, parece que me diga con la mirada, como si quisiera compensarme por su deslíz.

Esta vez no hace falta una aclaración. El diario está encuadernado de forma rudimentaria con un hilo bastante grueso. Las tapas son láminas de un material flexible y traslúcido que recuerda el plástico de las radiografías. En total hay unas cien hojas de tamaño cuartilla y sin numerar, amarillentas y acartonadas por el paso del tiempo. Están escritas por delante y por detrás con tinta negra y una caligrafía de trazos tirando a rectos. El relato abarca casi cuatro años, desde octubre de 1941 hasta junio de 1945, y está firmado por un tal Sebastián Mateu. Al hojearlo atrapo palabras sueltas y frases aisladas. Leídas de esta manera no tienen ni pies ni cabeza, pero no necesito saber nada más para sospechar que el documento en cuestión posee un gran valor testimonial. Se me debe de notar en la cara, pues el señor Primrose aprovecha para romper el estado de abstracción en el que me encuentro y me anuncia el precio del cuaderno. Cincuenta libras, dice. O lo que es lo mismo, poco más de cincuenta euros, calculo. Una auténtica ganga por la que estaba dispuesto a pagar el doble o incluso el triple. Pero eso no se lo digo, por supuesto. Antes de decidirme hago un poco de teatro. Finjo que me lo pienso un rato y entonces le digo que de acuerdo, que me lo llevo.

Salgo a la calle muriéndome de ganas de empezar a leerlo. Ahora solo me falta encontrar el sitio para hacerlo tranquilamente. Y el sitio ideal está en la otra acera. Se trata de The Blue Zucchini —lo veo a medida que me acerco—, una cafetería que quiere reproducir un ambiente continental mediante láminas con inscripciones en italiano colgadas de las paredes y butacas de piel alrededor de mesitas bajas donde la clientela habla sin levantar la voz. Yo también me acomodo, junto al ventanal, y pido un capuchino. Y entonces, con el corazón latiéndome a mil por hora, abro el cuaderno por la primera página.

ÓSCAR PALAZÓN

Empiezo a leer. Desde el primer renglón, las palabras de Sebastián Mateu me transportan a otro tiempo y a otro lugar. Ya no estoy en la cafetería de Tetbury. Ahora estoy en el campo de concentración de Mauthausen. Es el año 1941.